

## ¿La inteligencia se hereda o se construye?

En relación a este tema, Binet estableció una escala de desarrollo de la inteligencia que cuando la llevó a la práctica le proporcionó resultados sorprendentes. Dos pedagogos, Decroly y Degand, que habían experimentado su test con los niños de una escuela belga, obtuvieron observaciones bastante diferentes de las suyas: estos niños tienen como media un año y medio de ventaja sobre los que Binet había examinado.

En un artículo publicado en *L'Année psychologique* de 1991, Binet se cuestiona sobre el significado de este resultado y, descartando varias hipótesis, finalmente atribuye la desviación observada a las diferencias de origen social entre los niños de los dos grupos: los niños que Binet ha examinado pertenecen a escuelas primarias de París, situadas en el distrito décimo (un barrio pobre), mientras que los niños de las escuelas donde Decroly y Degand han experimentado pertenecen a la clase acomodada; tienen padres particularmente dotados, que entienden la educación de forma liberal, se trata de médicos de renombre, profesores universitarios, abogados reconocidos, etc.

Binet subraya a continuación que el origen social no tiene el mismo efecto sobre las diferentes pruebas de su test; algunas son más sensibles que otras...

Posteriormente, todos los estudios de este género han dado el mismo resultado. Las diferencias son más o menos importantes según el contenido o la forma del test de inteligencia utilizado, pero van siempre en el mismo sentido: los niños de capas populares consiguen, por término medio, resultados menos buenos que los niños de capas sociales acomodadas; hay, pues, una relación estadística entre el resultado en los test de inteligencia y la clase social.

Este hecho, verificado muchas veces, ha dado mucho que hablar: irrita a los que están preocupados por la justicia social, mientras que los que intentan justificar las injusticias no se privan de utilizarlo.

Las interpretaciones que se han dado a este fenómeno se pueden resumir en tres:

1. Estas diferencias tienen un origen hereditario (potencial genético repartido desigualmente entre las clases sociales).
2. Son debidas al hecho de que los diferentes medios sociales no ejercen una acción igualmente estimulante sobre el desarrollo del niño.
3. Se trata de un sesgo cultural.

Para evitar todo contrasentido en la discusión de estas tres interpretaciones, es necesario añadir que son relativas a las *diferencias medias* atribuibles al origen social, y no a las *diferencias individuales* que existen independientemente de la clase social.

A continuación voy a comentar la primera de las interpretaciones, que es el objeto de esta recensión.

1.- La explicación de tipo genético ha sido claramente defendida por Burt (1959) y puesta al día recientemente por H. J. Eysenk (1977). Se apoya sobre las tres proposiciones siguientes:

- a) Las diferencias individuales en el campo de la inteligencia son innatas.
- b) Existe una movilidad social ascendente y descendente que, después de haber reposado sobre las diferencias de fuerza física o de riqueza, está en nuestra sociedad fundamentada, esencialmente, en la inteligencia (los más inteligentes se elevan en la jerarquía social, y los menos inteligentes descienden).
- c) La tendencia de los representantes de cada clase social a casarse entre ellos fija las diferencias de origen genético que se desprenden de las dos primeras proposiciones.

Esta explicación es del todo discutible, principalmente por dos razones:

En primer lugar, la primera proposición -que condiciona, además, el conjunto- se apoya sobre el cálculo de lo que es hereditario en la inteligencia humana, lo que conduce a Burt a evaluar la parte de las diferencias individuales de la inteligencia atribuible a la herencia en un ochenta por cien aproximadamente (Burt y Howard, 1956). Ahora bien, la idea misma de definir una parte atribuible a la herencia y la otra al medio es inaplicable a este tipo de problema y, en particular, a propósito de desarrollo cognitivo, que se caracteriza esencialmente por un proceso de interacción entre el organismo y su medio ambiente.

El desarrollo cognitivo tiene, con seguridad, una base biológica en el cerebro determinada genéticamente. En este sentido existe una variabilidad, de origen genético, de las características biológicas que subyacen al funcionamiento cognitivo. Sin embargo, el estado del sistema cognitivo de un sujeto en un momento cualquiera de su desarrollo es el producto indisoluble de las interacciones entre este equipamiento y las experiencias que han alimentado su funcionamiento. Una diferencia en uno de los dos términos de la interacción (genética o ambiental), sólo tiene sentido en función de la otra. Por consiguiente, una misma diferencia genética puede tener resultados muy distintos en medios ambientes diferentes, y recíprocamente.

La utilización de un modelo aditivo como el de Burt puede permitir valorar una parte de la variancia sobre uno de los términos, la herencia, por ejemplo, pero esto no significa, sin embargo, que esta parte de variación sea debida sólo a los mecanismos genéticos y no proporciona información sobre la importancia de los que es transmisible genéticamente de una generación a la siguiente en lo relativo a estas diferencias. Lo máximo que se puede decir, a partir de los estudios que han

abordado este problema en el hombre (comparación de gemelos, niños adoptados, etc.), es que en cada momento de su existencia las capacidades cognitivas de un individuo son el producto indisoluble de determinaciones genéticas y ambientales y no tiene sentido querer cuantificar la parte atribuible a cada uno.

Pero (es el segundo punto esencial en el que el razonamiento falla), la existencia de determinaciones genéticas en la génesis de las *diferencias individuales* no implica en nada que deban desempeñar un rol en las diferenciaciones medias entre grupos (aquí entre clases sociales). Ambas cosas son independientes y el deslizamiento de un tipo de fenómeno al otro apunta al contrasentido sobre el que antes llamaba la atención. La hipótesis de Burt-Eysenk sobre el origen hereditario de las diferencias medias del desarrollo cognitivo entre niños de clases sociales diferentes efectúa este deslizamiento y no existe ninguna demostración al respecto.

Algunos datos recientes parecen, además, rechazarla. Schiff y otros (1978) han podido, en efecto, comparar los CI de los niños adoptados antes de los seis meses por las familias de alto nivel sociocultural con los CI de sus hermanos que han permanecido con sus madres biológicas, todas de bajo nivel sociocultural. Las diferencias *medias* sistemáticas entre los dos grupos pueden, así, ser atribuidas únicamente al medio social; ahora bien, estas diferencias son del mismo orden que las existentes entre niños de grupos sociales equivalente en la población normal (por ejemplo, la proporción de niños que tienen un CI < 95 es del 49 por 100 en los que han permanecido con su madre natural y sólo del 17 por 100 en los hermanos adoptados. En los grupos sociales correspondientes de la población normal, esta proporción es, respectivamente, del 51 por 100 y del 15 por 100).

2.- Son incontables los estudios que sugieren que los diferentes medios sociales no son igualmente estimulantes para el desarrollo intelectual. Esta opinión está fundada, en la mayoría de las veces, en la observación de correlaciones entre la existencia en el medio familiar de ciertos caracteres considerados como favorables para el desarrollo intelectual y el éxito de los niños en los tests de inteligencia.

3.- Sin embargo, algunos piensan que los llamados tests de inteligencia no tienen nada que ver con la inteligencia. Al ser instrumentos que reflejan la ideología burguesa de los psicólogos que los han construido, es normal que desfavorezcan a los niños de medios populares, poco familiarizados con su presentación y su contenido. En esta hipótesis, las diferencias que se constatan entre grupos sociales no son diferencias de inteligencia, sino simples artefactos. Sin embargo, aunque puede que haya parte de razón, esta explicación no basta para dar cuenta de la totalidad de los hechos observados.

Una vez expuestas y analizadas las interpretaciones que se han dado a través de los diferentes estudios, quiero concluir refiriéndome al título del presente documento y convirtiendo la pregunta en respuesta: La inteligencia se hereda y también se construye. La herencia genética influye decisivamente en el niño, pero,

acompañada con un buen estímulo familiar puede mejorar considerablemente o, por el contrario, quedarse mermada.

Todo refuerzo que se haga al recién nacido, desde el vocabulario empleado, los estímulos del oído (por ejemplo la música.), la vista, etc. contribuirán a despertar la inteligencia y enriquecer a la persona que lo reciba. Por ello, como futuros orientadores, debemos ser conscientes de esta realidad para que en nuestro ámbito profesional podamos favorecer la construcción de la inteligencia en nuestros alumnos.

## **BIBLIOGRAFIA**

- 📖 Martínez Arias, R. (1991) Inteligencia y procesos superiores. En R. Martínez Arias y M. Yela (coords.) *Tratado de Psicología General. Tomo 5: Pensamiento e Inteligencia*. Madrid: Alambra Universidad, páginas 63-101.
- 📖 Yela, M. (1991) La estructura diferencial de la inteligencia. El enfoque factorial. En R. Martínez Arias y M. Yela (coords.) *Tratado de Psicología General. Tomo 5: Pensamiento e Inteligencia*. Madrid: Alambra Universidad, páginas 1-31.